

# LA UTOPIA UN RADICAL ANTROPOLÓGICO

ROGELIO BLANCO MARTÍNEZ<sup>1</sup>

A Juan Manuel Cobo Suero.

AMIGO. IN MEMORIAM

*RESUMEN: Los hombres nacemos inconclusos. Necesitamos arrojarnos de contenidos (ideas e instrumentos) para deambular a través de nuestra biografía. Necesitamos arrojarnos para protegernos del frío que produce la exposición a tanta intemperie por parte de quienes luchan para desasirse de los automatismos que imponen los instintos. Evolutivamente el hombre se ha alejado de la fuerza de los instintos pero se ha visto obligado a sustituirlos por la cultura.*

Es la cultura el abrigo netamente humano e imponderable que diacrónicamente hemos construido y sincrónicamente disfrutamos. Este «protector» y «detente» se ha macerado solidariamente durante siglos, luego no es único ni definitivo. Cualquier época o colectivo humano «inventa» el propio. Siendo temporal y local, la cultura deja al aire cualquier pretensión fundamentalista o de intemporalidad.

Es, pues, tarea del hombre reconocer las necesidades y buscar soluciones; es decir, crear cultura. Luego, la cultura aglutina numerosos «productos» (de producción) humanos. Y uno de ellos es la utopía.

La reflexión sobre la misma me condujo en numerosas ocasiones al diálogo reflexivo y abierto con el profesor Cobo Suero. En primer lugar debo reconocer que fue mi maestro, más que docente, y terminó siendo el amigo con el que se comparten los descuidos, las preocupaciones y sobre todo, los silencios. Muchos de los silencios fueron muy elocuentes y cómplices. Sin duda, los espacios que más compartí fueron en torno a la utopía. No en vano, objetivamente se constata porque dirigió mi tesis doctoral en la Universidad de Comillas a propósito del tema y centrada, fundamentalmente, en el siglo xviii español. Fueron la tesis o los encuentros amicales con demandas mutuas, de ida-y-vuelta y durante años, donde el diálogo se mantuvo vivo y enriquecedor. Confieso que la impronta de Juan Manuel Cobo Suero que empezó como profesor, se transformó en maestro y pervivirá como amigo. Sean las siguien-

---

<sup>1</sup> Director General del Libro, Bibliotecas y Archivos del Ministerio de Cultura.

tes líneas parte de algunas reflexiones con él mantenidas. Muchas de ellas llevadas a producciones bibliográficas propias; en su caso a sus publicaciones *Desde los mares del sur y Otro mundo es posible*.

## 1. INTRODUCCIÓN

*Utopía y utopismo*: son conceptos que se han presentado abundantemente unidos, mas no tanto reflexionados. Utopía, utópico, utopismo y otros derivados son términos presentes en el lenguaje cotidiano y en el especializado, tanto para expresar la idealidad (de ideal) o el lelismo, la estupidez o el anhelo, el deseo o lo imposible, lo posible pero aún no real, etc; bien sea desde el ámbito del coloquio callejero, desde el especializado o desde el político, sea para soñar o para recriminar, reiteradamente, se da cuenta y uso de estos términos.

Realizar la historia de los mismos supone reconstruir la de su mentor: el hombre. Analizar su campo semántico obliga a no estancarse en un análisis sincrónico y deambular diacrónicamente. Todos los «productos humanos», y la utopía es uno de ellos, se cargan y participan de la historia de su creador. Si elegimos cualquier hecho o concepto próximos al hombre, es fácil observar cómo se han enriquecido, sea a través del cambio sea mediante el acopio; por lo tanto es incorrecto definir el concepto utopía de manera fijista. La dinámica y la dialéctica lo arropan de manera que expanden su significado.

Porque «la utopía» es un producto humano, cargado de historia y significado, y porque ha permanecido de modo más o menos activo en nuestra biografía, requiere una detenida reflexión.

Al afirmar en el título que la utopía es un radical antropológico se pretende demostrar que está íntimamente imbricada y animada desde la raíz, de ahí que denomine radical, en el ser humano. La historia del pensamiento occidental no siempre ha sido propicia al acercamiento positivo, especulativo o interpretativo de este radical; mas la permanente alusión a la utopía, bien por aprecio bien por desprecio, la abundancia bibliométrica que acopia o los reiterados pronósticos de muerte definitiva ya son razones para un detenimiento dialogado. Pero hay más consideraciones que justifican la propuesta; la utopía, cuyo nombre se debe a Tomás Moro, pero no su origen, ¿acaso no aparece en las proximidades y en las interioridades evolutivas de nuestra especie cada vez que intenta superar un reto? Si el proceso evolutivo de nuestra especie, sea mono o poligenético, avanza desde procesos prehomínidos a homínidos, en este último caso la serie encadenada bajo la denominación de «*homo*» es abundante: el *erectus*, el *faber*, el *loquens*, o

el *neardhentalis*, el *presapiens* o el *sapiens sapiens*, son muestra suficiente para demostrar la ley de progreso, de superación. Y este proceso sucede en un espacio: en el planeta Tierra; y en un tiempo: el presente continuo. Así pues, el espacio de la utopía es el acá y el tiempo, el futuro. Sólo falta que tras la cadena de homínidos surja el *quaerens*, el *sapiens sapiens et quaerens*, el que sabe que sabe y, además pregunta, interroga. Por lo tanto la historia de la utopía es tan vetusta como la de su autor. Es, asimismo, diacrónica y filogenética. Un universal, un patrimonio del hombre. No se conoce cultura en la que sus miembros no anhelan y deseen la permanente mejora, la superación de retos, el imparable y dialéctico superar instancias; algo genuino del hombre, que sólo las cosas y los seres brutos carecen de esta ambiciosa movilidad; carecen de tiempo.

Holdërlin afirmó que «el hombre es un dios cuando sueña y mendigo cuando razona» y Jules Renard escribió: «he construido castillos en el aire tan hermosos que me conformo con las ruinas». Tras estas afirmaciones no se trata de circunscribir la utopía al mundo onírico, aunque «todo lo que se desea antes se ensueña» (M. Zambrano) y el hombre está hecho de la materia de sus sueños (Shakespeare), sino de avanzar, aunque parezca de un modo errático, que más bien lo llamaría elíptico, hacia una acotación de su campo semántico.

## 2. DEFINICIÓN

La dificultad conceptual para definir la utopía no evitará que aquí se efectúen algunas definiciones que se consideran más exitosas; de momento, ya se ha afirmado que es un radical antropológico, por lo tanto un universal cargado de tanta historia como su único portador, el hombre. Y, a la vez, referimos que Moro sólo le dio nombre a un niño que ya era anciano.

La utopía, por otra parte, en su largo recorrido frecuentemente se ha mostrado molesta a la oficialidad, a los poderes dominantes. Sea desde la heterodoxia o desde la herejía, imponderablemente se ha patentizado, por lo tanto negarla es tanto como negar la historia, como petrificar, mineralizar o fosilizar la biografía del hombre. Y la historia es permanente cambio e imposible de congelar aunque de ella sólo sobrevivan las ruinas, o más bien sólo es la ruina lo que sobrevive de la historia (B. Croce y M. Zambrano). De ahí que negar este producto humano, que casi siempre se ha ofrecido molesto y haciendo uso de todo género literario es un imposible; una utopía más, si de su campo semántico recogemos un sentido que abundante y equivocadamente se le da: el de imposibilidad.

Si la realidad, y máxime en aquello que con más constancia se presencia el hombre, es poliédrica, abundante en cosas, porqué obsesionarse en definirla de modo unívoco; si es cambiante y dialéctico, porqué empeñarse en reducirla a la definición definitiva. Pues bien, el sujeto agente y paciente de la historia y de la utopía, el hombre, el ser imposible de definir, si aceptamos la dispersión y la impotencia del mismo para conceptualizarse a pesar de que desde el Génesis y por mandato divino recibió el encargo de nominar al resto de las criaturas, innatamente tiene una teleología: la eudonomía, «el ser feliz» del hombre. Y este imponderable es un componente fijo de la biografía antropológica. La insatisfacción en el deambular por este planeta y el ansia de ser feliz le conducen al anhelo de otra realidad. Si esta es la parte fija del binomio, la móvil es la crítica y el análisis de tal insatisfacción, a la vez que la búsqueda de alternativas. Este segundo elemento, el cambiante, se ofrece diferente según época y espacio, cultura o grupo humano.

Nietzsche escribió que «sólo se puede definir lo que no tiene historia» ¿Se puede dar una definición definitiva, por ejemplo, de hombre o de cultura que, además, se atenga a los criterios que exige la lógica? Se conocen infinidad de definiciones. Incluso existen volúmenes dedicados en exclusiva al acopio de cientos de las mismas. Hombre y cultura son conceptos que ofrecen dificultad para su definición. Poseen historia. Del mismo modo se puede concluir acerca del concepto «utopía» y de sus próximos: «utópico» y «utopismo».

La definición, y la obsesión por la misma, siempre se mueve en parámetros racionales. María Zambrano escribió que «la pura razón es la pura monotonía». Por lo tanto, es difícil que a través del juego racional, tan útil en numerosas ocasiones, se pueda cerrar un concepto que se presenta tan polisémico y tan polifónico como «la utopía». Acotarlo es reducir la historia del hombre. Negarlo supone despreciar una parte señera de la historia de las ideas, sin duda la menos oficialista, y otra de la historia del hombre, concretamente aquella resistente ante la monotonía, la explotación, la enajenación, el miedo, el dolor de vivir. De ahí que el *sapiens et quaerens* se enfrente a la realidad, la interroge y desvele críticamente las posibles alternativas; analiza y propone y, a veces, hasta impone. Tras esta brega subyace la lucha de convertir el *mundus perversus en reversus* o la búsqueda de en *locus aemenuus homini*.

Este anhelo, ya se indicó, está inserto en los sueños, pero no es sólo onírico; del mismo modo que lo está en el lenguaje, pero no sólo habita en el mundo de los mitos. Ciertamente el reducir la utopía a espacios oníricos o mitológicos es conducirla, por parte de algunos analistas, a mero producto metalingüístico o a entramarse a su cuenta en lodazales hermenéuticos; ambos ámbitos quizá sean válidos para la desparasitación de filósofos aficionados que juegan a la utopología. Por lo tanto, la utopía va más allá del mito. Aspi-

ra a ser solucionista, alternativa y prospectiva, pues disfruta de las categorías espacio-temporales: acá y en el futuro.

Desde las eutopías, lugar feliz, a las cacotopías o distopías, mal lugar, el árbol de definiciones, pues, es ambivalente, ambiguo y polisémico; de ahí que el término utopía es imposible de acotar en su etimología, que por otra parte ya ofreció dificultades a su mentor (T. Moro), cuando le buscaba nombre.

No debe ser, pues, el objetivo obsesionarse en la conceptualización, de ahí que toda definición reduce y es manifiestamente incompleta. Por otro lado, bajo un paraguas que se acogen sueños, viajes, novelas, ucronías, mitos, distopías, eutpsiquias, ecotopías, cibertopías es difícil la reducción. La utopía es un concepto desván justificable para su negación, a la vez que, a veces intencionadamente se obvia la perenne actualización de un hipotético mundo contrapuesto o anverso como representación que extrapola una posibilidad fatal o prometedora, pero inscrita en la anticipación del futuro en un presente: heurística de la esperanza frente al dolor.

Ya hemos circulado alrededor del campo semántico-utópico, bien pudiéramos seleccionar alguna definición. Una: la utopía es una idea razonable y nacida de la realidad envolvente e insatisfactoria que se presenta ideal pero que aspira a ser real. Otra: la utopía es la secularización del cielo o la «celestialización» de la tierra. Y última: la utopía es todo intento de fijar el Más-Allá en el Más-Acá, de ubicar la feliz ciudad celestial en el espacio terrestre.

Desde definiciones epigramáticas e impactantes a las más amplias que pretenden en varias líneas recoger la tradición y la descripción, esta planta universal, la utopía, e híbrida en Occidente pues nace con rizomas extendidos en el pensamiento greco-romano, el judaísmo y en el cristianismo, y en el caso de España también en el islamismo, intenta corregir o presentarse como *pharmakon* en la ciudad imperfecta y putrefacta de los hombres a fin de corregir «el fuste torcido de la humanidad» (E. Kant y I. Berlin).

El hombre, el proyectista de utopías, es un ser de necesidades (Aristóteles, Marx, etc.), puesto que limitado intenta corregir la ciudad defectuosa y adelantarse al futuro. De ahí que elabora conceptualizaciones paradigmáticas, demiúrgicas y proyectos. En esta elucubración para cubrir necesidades, y al recorrer las pestilentes calles de su ciudad con ilusión bien confía en los dioses, reza y calla; o bien sueña, proyecta, diseña y busca el brazo del congéner. Si el camino es el «divino», las rutas le conduce por intrincados mitologías, milenarismos y fundamentalismos; aquí el hombre cede el ritmo de la historia a los dioses. Unos seres que cuando el hombre los concibe lo realiza con generosidad, todo en ellos lo califica de «omnidad», mientras que los dioses suelen ser remisos con los hombres. Desde esta perspectiva el hombre es súbdito, dependiente o sujeto sujetado a un *deus ex nihilo*, un dios vio-

lento que crea de la nada y que, con harta frecuencia, se vale de milagros para presenciarse ante los hombres, un modo de violentar su diseño de creación. «Los dioses cuando quieren castigar a los hombres, les envían utopías» (A. Nandy). Por el contrario, si la elección es la «vía humana», se confía en la autonomía del hombre (Kant), éste es sujeto activo y el congénere, ciudadano. En este camino, también intrincado, hacia la ciudad se diseña con razón ética para que sea más habitable, con razón estética para que se más agradable (J. M. Valverde), con razón poética, (frecuentemente apasionada), para que sea más deseable. En la ciudad de los hombres, la humana, la que exige sueño y diseño, se ubica Acá. Así pues los *limes*, las fronteras de la ciudad utópica de los hombres llegan hasta donde empiezan las de los dioses. Si el reino de los dioses de adentra en el de los hombres, éstos pierden espacio y tiempo, pierden autonomía; por el contrario, si los hombres confiadamente expanden sus fronteras, paulatinamente logran ampliar su territorio, su autonomía. Por lo tanto, el espacio de la utopía, como producto humano, rivaliza con el de los dioses. Cada vez que los hombres ceden terreno a los dioses o a los falsos profetas cercenan su libertad y su independencia.

De lo ideal a lo real, de lo real a lo ideal, la utopía es futura y no profética, pues debe construirse Acá en la tierra (espacio) y en el tiempo de los hombres. Se diseña con la razón, se sueña con pasión y..., toda ella es obra del hombre. Es decir, la utopía es un producto del hombre-sujeto dotado de conciencia intelectual (ideas más experiencia) que pretende ser ética (ideales), y destinada para su ciudad, la historia donde navega y construye su biografía. Una biografía que va más allá de la dimensión social. Este ser de la naturaleza, habitante, por el momento, del planeta Tierra, y alejado de la tiranía de los instintos por mor de su inconformismo, comparte con los congéneres la adaptación, dominio y organización socio-económica del ecosistema que habita, para ello necesita ordenar modelos *ad hoc* y trascender metafísicamente la realidad; de ahí que más que *zoon politikom sea zoon ekoumenikom*. El ser que necesariamente debe entenderse y comprender al otro (los demás), lo otro (la realidad) y a sí mismo. Estas dimensiones son las que le pueden permitir adentrarse en «la ciudad utópica», en «la ciudad aún ausente», en la *urbs oppidum*. Los que le alejen de la *urbs obsidium*. La primera ciudad es abierta y cosmopolita; la segunda cerrada y campamental.

### 3. GNOSEOLOGÍA

Es frecuente atender a la concepción de la utopía como irrealidad ensoñada; pues bien, toda utopía ya es *topía*, aunque sea en los insuficientes ámbitos meta-lingüísticos u oníricos; también es un método, un camino, el utópico, que

conduce hacia modelos mentales de posibilidades diferentes a las consolidadas. La utopía no sólo es un género literario, es otra forma de mirar la realidad. Para ello requiere un método: el utópico. Un método diferente al denominado como científico. Si bien el científico avanza balbuceante pero seguro desde la observación, las hipótesis, la experimentación y termina en las conclusiones; el método utópico casi siempre se queda en las hipótesis y..., ¡a navegar!... (Expresión de Juan Manuel, quien no podía desprenderse de su alma marinera, pero que siempre miraba hacia faros ubicados en el Sur) Es la navegación en otras latitudes de las oficiales y en procelosas aguas en las que la mayor parte de las veces se carece de faro guía. Es la necesaria *peregrinatio* enmohecida de catarsis que lleva a la ciudad abierta, a la ideal, a la *urbs oppidum*, la que se espera compartir con *homines aperti*, la deshabitada por *homines clausi*. Si el primer método se balancea entre la búsqueda y la seguridad, el segundo produce perplejidad y en su necesario caminar (*peregrinatio*) está alejado de la placidez, de la *ataraxia*. Así pues, también el método o modo de pensar utópico es exclusivo del hombre, del *homo sapiens et quaerens*, del ser capacitado para interrogar y tensionar la realidad. Es un método que le lleva más allá de la utopía, pues si esta se fija y oficializa casi siempre deviene en pesadilla. Oscar Wilde escribió: «un mapa mundi en el que no esté incluida la utopía, no merece la pena ni mirarlo, ya que deja fuera el país en el que la humanidad está dispuesta a desembarcar en todo momento, y cuando desembarca y mira a su alrededor encontrando un país mejor, larga velas». Este tensión perenne es lo que hace utópica a la utopía, del mismo modo que cómica a la comedia o trágica a la tragedia.

Desde el *Génesis* al *Apocalipsis* el hombre navega con mejor o peor éxito; ciertamente debemos aceptar que construyendo y huyendo, las más de las veces, de la *urbs obsidium*, de una historia más cargada de sacrificio que de ética, de una historia que con harta frecuencia se la convertido en ara sacrificial de su propio creador; pero es la historia del hombre que discurre paralela a la historia de la utopía. Desde que los *presapiens* dieron el salto de la selva a la sabana, se adentraron en un proceso de la juvenalización cultural, de la cerebrialización, dominio del fuego hominizador, ha caminado intencionadamente a la superación de estadios. Horkheimer concibe la utopía como intención. Es el *intus-ire*, el caminar reflexivo e introspectivo, gneoseológico del *homo sapiens et quaerens*. Cuando este ser gira su *foramen magnum*, qué ve: su larga biografía. Casi siempre cargada de pesadillas, pero a la vez llena de progreso y de esperanza. Y frente al «tropezón», la utopía siembra la esperanza, el anhelo de un modo mejor. Aunque sea, como afirman algunos, una aberración patológica de la racionalidad, al menos es la cara amable frente a la menesterosidad del peregrino, del hombre. El hombre, el ser que «genéticamente» transporta este radical posee vocación utópica. La necesaria para evolucionar dentro de la Ley de progreso en todo tiempo y época, aunque la intensidad sea diferen-

te. De ahí que al *homo sapiens sapiens et quaerens*, bien se puede calificarse de *utopicus*. Es el ser capaz de desarrollar el pensamiento en movimiento; es decir, capaz de concebir la historia como proceso, y no solo como drama, sino como manifestación de causalidades. Lo que implica, según Casirer, una revolución epistemológica, ya que concibe a la sociedad como mundo físico constituido por determinismos; y, también implica un cambio ideológico, pues asume la idea de progreso. De ahí que la utopía como proceso y como progreso no sea «un antes» (por ejemplo, los diseños edénicos), ni «un después» de este mundo (por ejemplo, los proyectos escatológicos), sino otra parte, otro lugar, pero en el Más-Acá.

#### 4. GÉNERO LITERARIO

Este radical endonímico, anhelo esperanzado como ya se ha insinuado, al menos ha hecho presencia histórica con abundantes construcciones literarias; la muestra de la inquietud del hombre, que más allá de expresar bellas realidades, se apasiona en la búsqueda de otras posibilidades de la existencia. La utopía, «la verdad prematura» (Lamartine) o «la verdad del mañana» (Víctor Hugo) es *per se* un género literario.

Este género, y una vez más, no se atiene a la normalización, no sigue los cánones fijados. Formalmente se ofrece bajo todas modalidades conocidas: novela, lírica, tragedia, ensayo, pero posee sus propias reglas. La respuesta a esa aparente «parasitación» o apoyo en otras modalidades es, quizá, porque no ha encontrado la propia. Y una vez más la utopía camina en lo inquietante. O más bien, porque este radical humano no se puede encerrar en una sola modalidad. Necesita a todas. Ninguna por sí mismo es suficiente para abarcarla. Moro, se itera una vez más, dio nombre al género, pero no lo inventó. Creó una modalidad, la moreana, que algunos se empeñan en que sea el canon no sólo formal sino de contenido. ¡Craso error! Si a la modalidad moreana se atuvieran todos los colectivos humanos, el número de utopías se reduciría *ad infinitum*. A modo de ejemplo, España, «país productor» de utopías, sólo podría ofrecer una: *Sinapia*. Una vez más, algunos pretenden que todo debe atenerse a la normalización anglosajona.

Después de este paréntesis se debe retomar el discurso recordando que la utopía hace uso, formalmente, de todos los géneros, con todos se emparenta, pero a su vez posee sus propias reglas; (para más información Cfr. Un capítulo *ad hoc* del libro *La ciudad ausente. Utopía y utopismo en el pensamiento occidental*); no obstante y nominalmente, el género utópico se caracteriza por la crítica a la realidad y la oferta de alternativas, el insularismo, el antimonerismo, la defensa de la actividad agrícola y del reglamentismo (orden



y ley), colectivismo (las robinsonadas son pseudoutopías); la mayoría de las utopías se inauguran después de un viaje catárquico; el diálogo suele ser la puesta literaria, aunque la iniciativa la lleve un adalid; promueven la educación, si bien suelen eliminar la literatura y la historia de los planes de estudio, etc. A pesar de estas y otras características que por sí solas exigirían una forma literaria, como ya se indicó, la potencialidad de las utopías «obliga» a quienes las desarrollan a recurrir a todos los géneros literarios, pues ninguno, por sí solo es suficiente para el cauce a tanta fuerza. Ciertamente el ensayo y la narrativa son los géneros a los que más recurren los utopistas.

## 5. CARACTERÍSTICAS

Si las características anteriormente enumeradas configuran el género utópico, a continuación se nominan otras que suelen configurar a las utopías. F. Polak, a modo de ejemplo, ha calificado a las utopías como:

- dualistas: enfrentan dos mundos;
- revolucionarias: presentan una alternativa de cambio definitivo a un status quod vigente;
- dialécticas: el cambio va implícito en la utopía, para subsistir debe nacer y morir constantemente, su fijación oficial la convierte en pesadilla o antiutopía.
- idealista: la elección de «otro mundo» no es arbitraria, busca la eudonomía y para cuantos «más, mejor»;
- pesimismo existencial y optimismo volitivo, rebeldía contra el orden existente por considerarlo envilecido contra la humanidad y proyección de un nuevo orden toda vez que cree en las potencias del ser humano; en este orden el utopista cree en la fuerza emancipadora del pensamiento humano, de ahí que proyecta alternativas;
- racional e irracional: los análisis y diseños son desde la razón y sin olvidar otras potencias emocionales e imaginativas. El hombre es más que razón y tiene capacidad de *prevoir pour pouvoir* (Comte), de idear una «terra incógnita», de no someterse a un *deus ex machina* ni convertirse en *machina machinorum*. Este afán imaginativo, futuro que no profético, impulsor de cambio social y provocador de un producto tan añejo, la utopía, como su mentor, el hombre, nos lleva a otras consideraciones aportadas por P. Tillich. Este autor advierte de unos caracteres positivos:
  - la utopía es verdad, pues muestra esencias reales del hombre; - es fecunda, abre posibilidades; es poderosa, puede transformar un

orden oficial. Pero también Tillich emite otras negativas: -la utopía es falsa, pues olvida la finitud del hombre;

- estéril, apuesta por imposibilidad;
- impotente, todos sus esfuerzos la historia se ha encargado de derrocarlos. Tillich, hegelianamente, opone a una tesis de características positivas, la antítesis o características negativas; la conclusión o síntesis la resuelve teológicamente en o con la trascendencia de la utopía, en una tierra de promisión. Con esta solución apocalíptica, P. Tillich olvida el carácter dialéctico de la utopía y la vuelve a dejar supeditada a las manos de los dioses, ciertamente un lugar que no le corresponde habitar.

No vamos a abundar con detalle en otras descripciones realizadas por los utopólogos; quizá sea conveniente enumerar otras características significativas de las mismas:

- derelicción, característica apuntada por J. Servier para señalar la conciencia de crisis social ante la que los hombres sienten impotencia;
- la uniformidad social a la que suelen aspirar; - la descripción de un determinado modelo económico;
- la frecuente expresión de una estructura o diseño onírico;
- las dimensiones legistas o políticas que las envuelven;
- la necesaria catarsis tras un viaje iniciático, al menos al interior, de los utopianos;
- con frecuencia, excepto a partir del siglo XIX, la religión ocupa un espacio señero, mas en todas las utopías subyace una teleología: dar más sentido eudonómico, salutífero y soteriológico al paso del hombre por este planeta, aunque con frecuencia el ansia de este logro conduzca a una proyección desmesurada. Sea desde un diseño plausible o desde una *elucubratio hybris*, la idealidad caracteriza a la utopía, pues ésta no se agota en la realidad; entraña un nuevo orden de pensar, de obrar, en definitiva, de ser, un nuevo hombre, aún no logrado en el lento camino sacrificial de la historia, ni tampoco renacido tras los sistemas socio-económicos conocidos (esclavismo, feudalismo, capitalismo, ultra-liberalismo u otros). Así, pues, la utopía entraña ideología, pero no toda ideología es utópica.

## 6. TIPOLOGÍA

Tras esta sucinta, y estimo que sugerente caracterización, y tras la cuantiosa historia que acumula el género utópico, obviamente la movilidad y el

cambio conducen a la pertinente tipología clasificatoria. Cuando «un producto humano» interesa denostarlo se tiende a fijar de modo inmóvil. Es nuestro caso «el producto humano-utópico», poseedor de tanta historia como su productor, ha ido cambiando al ritmo de la necesidad que se intentaba subsanar y acorde a la idiosincrasia del momento histórico de cada cultura. Inicialmente debemos convenir que se ha calificado como utopía a determinados planteamientos que no reúnen las características esenciales del utopismo; a modo de ejemplo, los desarrollos edénicos anclados en el pasado y con visión retrospectiva, (paraísos perdidos, utopía edénicas, arcadias, etc.); los que fijan el *topos* en lugares inexistentes (Islas maravillosas, El Dorado, Cucañas); en *topos* extraterrestres (eutopías selenitas, marcianas, etc.); en lugares inhóspitos (centro de la tierra, dentro de un volcán, fondo del mar). Al grupo pseudoutópico también pertenecen los modelos fuera de la categoría temporal, que es una categoría sólo humana, pues las cosas y los seres brutos sólo tienen presente y de los dioses se dice que son eternos, atemporales. Por lo tanto, los milenarismos, los pseudo-profetismos, modelos apocalípticos, etc. fijados fuera del tiempo y organizados, casi siempre por alienitas o animales y no por hombres, o si éstos actúan, sólo son mero instrumento de los primeros, tampoco son modelos de utopía. De igual modo se puede afirmar de los diseños que renuncian a la colectividad humana, es decir, las robinsonadas. A estos modelos no-utópicos, a veces se les denomina «nostalgias para pobres». Históricamente existen y persisten dando permanentes muestras de ambición manipuladora, mas siempre alejados de respuestas confiadas y salutíferas para la libertad y dignidad humanas.

Una vez enumerada, brevemente, una serie de pseudotopías y sin entrar en la abundancia de modelos, a grandes rasgos podemos clasificar a las utopías como sincrónicas, aquellas que se dan en un momento como respuesta puntual; y casi siempre se ofrecen como modelos cerrados y solucionistas. Por el contrario, las diacrónicas aspiran a caminar con el hombre y dialécticamente ir dando respuestas. A este segundo grupo pertenecen numerosas utopías cargadas de humanismo ético y sobre todo las socialistas. Sin abundar en más tipologías, nuevamente se remite al capítulo correspondiente del libro *La ciudad ausente*. No obstante, como ya se indicó, los modelos utópicos han ido cambiando, pues la dialéctica es la característica propia de la utopía.

Sintetizando este apartado, más por ambición que por conquistas, se puede decir que en el denominado Mundo Antiguo, las dimensiones poéticas-mítico-religiosas fueron las que más caracterizaron a las utopías. La búsqueda del bienestar material o el logro de espacios agradables fue la ambición utópica medieval. Hacer habitable y ético este modo lo pretendieron los renacentistas. En el Siglo de las Luces, la fuerza de la razón y la creencia en las leyes de progreso provocaron que las utopías dispusieran de tiempo y espa-

cio terrenales. Los descubrimientos científicos decimonónicos y los milagros tecnológicos consiguieron la credulidad de los utopistas para aceptar que las penurias terrenales eran científicamente superables. Por el contrario, los graves conflictos bélico-mundiales del siglo xx pospusieron toda esperanza, nacen las paradigmáticas distopías o cacotopías. Finalmente, y de manera utópica, deseamos que en el nuevo milenio se crea en el hombre como ciudadano universal y que por fin se supere tanta historia sacrificial y advenga la ético-poética. Sería utópicamente esperanzable, encontrara un lugar en este planeta donde todo individuo pueda ser persona (M. Zambrano).

## 7. LA CRÍTICA UTÓPICA

Todo «gran producto humano» concita crítica, máxime si éste cuestiona la oficialidad. La crítica antiutópica ha sido abundante desde todos los ámbitos y tiempos. Sería prolijo detenerme en este apartado. Basta afirmar que la utopía, históricamente, ha sufrido el filo acerado de la espada y de la pluma. Los teólogos de las diversas religiones no han permitido paraíso posible si el constructor es el osado hombre. Las denominadas derechas o izquierdas, como paradigma político, tampoco han aceptado otro planteamiento diferente al suyo. El marxismo, sobre todo Engels, los socialismos «reales», los popperianos, etc. han confluído en «sinonimizar» utopismo con lelismo, idealismo ingenuo, acientificidad o fascismo. En la mayor parte de los casos recuerdan el epigrama: *nemo dat quod non habet* («nadie da lo que no tiene»); es decir de la imperfección humana no se puede extraer abundante dicha. Tras «El fuste torcido de la humanidad» (I. Berlin) o la kantiana madera torcida, que conforma la esencialidad del hombre y sus limitaciones, parece que no se puede construir o aspirar a la perfección. Esta negación de las potencias del hombre, la desconfianza en el *Sapere aude!* kantiano lleva a negar la existencia de las utopías o sus posibilidades. Lo que no deja de ser otro planteamiento utópico. Durante el siglo xx, La escuela de Frankfurt, excepto Popper que afirma los efectos perturbadores de la utopía como religión secularizada, violenta, dogmática y frustrante, han revitalizado el pensamiento utópico incorporándolo a los ámbitos de «los saberes académicos». De este colectivo merece la pena dar cuenta de los escritos de Manheim, Horkheimer, Habermas, Bloch, From, Marcuse, etc. Mas, independientemente de las críticas, reafirmamos el carácter de permanente presencia que caracteriza a la utopía, «posiblemente soñamos castillos hilarantes, pero me quedo con sus ruinas» (J. Renard) y no olvidemos que lo que sobrevive en la historia es la ruina (M. Zambrano).

## 8. CONCLUSIONES

Tras este recorrido se puede afirmar:

- 1.º El término utopía, epónimo nacido del texto de T. Moro, históricamente se presenta ambiguo y metafórico, cargado de connotaciones positivas o peyorativas; se presente desde la diversidad de definiciones y calificaciones. La controversia teórica le acompaña y, a la vez, las utopías, resultado de su tiempo, están sujetas a tendencias ideológicas o escuelas. El árbol de definiciones en torno a este concepto es amplio y polisémico; de ahí que no debe ser reducido a la circunscripción que marcó Tomás Moro o a las numerosas descalificaciones efectuadas. Las diversas acotaciones no reducen la pluralidad de definiciones ni la riqueza de matices. Por otra parte, históricamente, la utopía ha estado vinculada íntimamente al hombre. Estas dificultades, al menos, obligan a la exigencia hermenéutica que interroga las razones por las que la mentalidad utópica perdura. De ahí la intersección entre utopía e historia, es decir con el hombre.
- 2.º La utopía es un modelo social global y alternativo, que pretende ser la metamorfosis de un *status quod*. Plantea un nuevo orden social, propone una nueva organización social-política-económica, una nueva ética, nuevos sistemas educativos, etc., que intenta lograr «un hombre nuevo». En general, la utopía es un modo ideal que pretende ser real. La mayoría pretenden ser una demostración de que la felicidad colectiva es un fin histórico perseguible y factible mediante la acción social. Desde esta dimensión, en los sistemas de los utópicos lo importante no es el individuo sino la humanidad. «El lugar donde la esperanza se ha refugiado de manera más confiada es en la utopía» (M. Zambrano).
- 3.º Toda utopía es un modelo de anticipación, por lo tanto imprime dinamismo a la historia. Así, pues, la historia construye utopías, pero también las utopías crean historia. La utopía, como producto del hombre, el único ser capaz de traspasar la frontera del presente, se ofrece como el resultado de la capacidad de escisión entre lo «existente» y lo «otro». Capacidad propia del hombre, el ciudadano de los dos mundos, el que habita y el que diseña o ensueña. El segundo mundo, el ensñado, se presenta diferente al real, a veces totalmente opuesto; pero desde esa dualidad el hombre-escindido ha podido desencadenarse de la fuerza del instinto, del *homo faber*, y caminar

hacia el *homo sapiens*, aunque carece de los atributos que se le atribuyen al *homo quaerens*. Sus pasos son los propios del artifice de una civilización que aspira a dar cabida habitada y no humillada a todos los congéneres como personas, hacia el *homo utopicus*.

- 4.º La utopía es un *typus ideal*, una polifonía de formas, de contenidos, de métodos, de técnicas, etc. pero es progreso y revolución, protagonizados por el hombre, como sujeto proponente para establecer una nueva realidad. Realidad cargada de imaginación y que exige esfuerzo, donde la intervención divina o está excluida o no es un elemento decisivo en la mayoría de los casos.
- 5.º Desde el análisis filogenético y desde las diversas manifestaciones antropológicas se puede concluir que ser hombre es tener una utopía. La aspiración del hombre es hacia la perfección. Es el único ser viviente capaz de cruzar la frontera de la realidad presente, de prolongar el presente concreto en presente continuo, de seccionar la realidad entre lo que existe y lo posible. El *homo sapiens sapiens* es un ser suficiente para idear y comportarse entre dos mundos, para vivir el aquí que le ha tocado y el otro mundo propiedad de su creación, evitando que un *mundus anversus* no se itere, una vez más, como *perversus*. Esta pluralidad, posibilidad polifónica y plural no debe acotarse a la dimensión sustantiva y más bien manifestarse participativamente. El ser del hombre es activo y gestante, poseedor de un *logos spermaticos* que tiende a disolverse por sus entrañas. Es histórico. Y con frecuencia la historia unos la hacen y otros la padecen. Se trata de participarla, de estar en ella, de hacerla. Desde esta perspectiva, vaciar la historia de utopía supone suprimir un horizonte antropológico radical, es decir, eliminar las dimensiones humanas de libertad personal y de democracia. Y estas dos características son esencialmente utópicas y propias del ser humano. Toda democracia debe pretender el desarrollo de la libertad, el desarrollo de la persona. La democracia, al igual que la libertad, es un proceso continuo, necesita una proyección utópica. Ambos elementos no siempre se han presentado agradables a los poderosos, no en vano éstos, con frecuencia, rechazan la utopía, a la vez que los oprimidos se agarran a ella como punto de esperanza para soportar sus vindicaciones, o al menos para aferrarse a un *pharmacon* onírico que alivie su existencia.
- 6.º La utopía es una creación humana, por lo tanto, un radical antropológico. Es fácil, que después de idear la utopía, la sociedad de la felicidad, se esperase que por simpatía todos los individuos la aceptaran, pero frecuentemente los diseñadores del proyecto se convierten en guardianes y sacerdotes, la sacralicen con símbolos, promuevan

la absoluta uniformidad; violen y adulteren la realidad, ¡grave error!, pues nada de lo real debe ser humillado. La uniformidad y la normalización son los eternos descalificadores de las propuestas o prácticas utópicas. Un inconveniente de la utopía es conseguir la perfección. La perfección como objetivo es permanente en las utopías pero cuando se realiza puede convertirse en un peligro. Los hombres necesitan una sociedad utópica, necesitan un modelo de sociedad utópico, pero mas libre que perfecto. La *lucubratio ebria* siempre ha estado presente en la historia de la humanidad, cada vez que se atiende al «seréis como dioses». La utopía es la renuncia de la resignación.

- 7.º En la cultura occidental, las utopías y los utópicos, históricamente, además de estar siempre presentes, en determinados momentos han ejercido una profunda influencia y han aportado numerosos contenidos con honda huella. Contenidos no sólo cuantificables, sino elementos dinamizadores de cada momento, provocadores de cambios más o menos violentos; además de cobijar los sueños de las clases menos privilegiadas, y a pesar de que su realización nunca haya sido completa, sin embargo, siempre han provocado pasos cargados de futuro, han aportado contenidos que se han convertido, históricamente, en irreversibles.
- 8.º Detrás de los contenidos, señalados, hay un objetivo: lograr un nuevo modelo de hombre. El logro del «hombre nuevo» está presente en el optimismo antropológico, generalizado en la mayor parte de los utopistas aunque explicitado de forma diferente.
- 9.º La polifonía de significados acompaña a este radical antropológico. Sin abundar, es gneseológica o fuente de conocimiento, es esperanza y anhelo, es un género literario, es herejía, heterodoxia y revolución perenne, dualista (cacofónica-eutópica), revolucionaria, dialéctica, idealista, pesimista/idealista, antropocéntrica, racional/irracional. También es fecunda, poderosa, verdadera y sus contrarios. Onírica, económica, legista, educativa, agraria, política, catártica, *peregrinatio*, religiosa, profética o apolítica, nostálgica o mística. Ha sufrido descréditos y exaltaciones, persecución por o contra ella. Pero es humana, «el hombre es la dimensión de sus sueños». En la aventura de la utopía se encarna en voces proféticas, en el intento de hacer real lo ideal, de construir la ciudad ausente, aquella donde habita la utopía sin utopía. Icarianos, falansterianos, cecilianos, solarianos, sansinonianos, socialistas, anarquistas y republicanos españoles lucharon por «desfatalizar el mundo» (Proudhon), echando valor y lucidez para que sonara el grito contra la iniquidad. Los enemigos de la utopía dirán que a la postre lo que es verdadero triunfa y se impone. Es la fe en el prag-

matismo, «la religión natural de casi todos los granujas, sin distinción de continentes» (A. Machado).

- 10.º El hombre es tiempo y dispone de «conciencia anticipadora» (Bloch), es proyectista y sueña, es peregrino. Vivir (la *peregrinatio*) es vital para la utopía pues dilata la historia del hombre, rompe las murallas de las ciudades cerradas, las conciencias de los *homines clausi*, supera el dintel de la historia sacrificial. Extrapolando un conocido epigrama del anarquismo bien se podría a firmar que la utopía es la más noble expresión de la realidad.

\*\*\*\*\*

Hemos realizado un recorrido intelectual, mas ¿dónde estamos? ¿qué hacer? Somos deudores de la historia cultural judeo-cristiana-greco-romana que sufre vaivenes pero es una historia violentada. Irracionalismos y racionalismos, neokantianos y positivistas, etc. han marcado el ritmo para llegar a la actual situación: el neocolonialismo economicista, todo un ídolo; la globalización mercantil, la gran supernova de la galaxia. Las metrópolis financieras sustituyen a la ciudad, el fundamentalismo económico-religioso y cultural se impone, ¿qué hacer? Apostar por una filosofía «impura» y mestiza, la híbrida, la denominada «pura» ya ha realizado sus servicios.

En segundo lugar, sin renunciar y recogiendo lo mejor de la tradición, apostar por el eclecticismo, no tanto como espacio donde se concita la impotencia o refugio de debilidad creativa, sino de diálogo. Y el diálogo es el humus de la ciudad democrática desde donde se puede proyectar o hacer crecer las semillas de la esperanza.

Es necesaria la interdisciplinaridad filosófica, desde la humildad y sin reducción exclusiva al historicismo, a la hermenéutica o al profesionalismo de los filósofos. Sin soberbia ni debilidad se impone un diálogo con nuevas preguntas. Y «toda pregunta implica la pérdida de una intimidad o el extinguirse de una adoración» (M. Zambrano). Hegel tenía razón, pero no la Razón, cada época debe reformular su propia filosofía, elaborar nuevos esquemas. Esta tarea exige ir más allá de la arqueología filosófica como satisfactoria y, a la vez recuperar y presenciar las voces útiles, las que den orientación, señalen caminos o atajos. Si el objetivo es humanizar la historia, el hombre debe diseñarla y protagonizarla y no los lobys mercantiles, o los fundamentalismos políticos o religiosos. Estos pertenecen a la razón de la eficacia, lugar en el que, miméticamente, cada vez que se adentra la filosofía, sin más razones, se queda aprisionada en su ciclón, precisamente en el vórtice. «Sólo el cambio perdura» (Heráclito) y éste es filogenético, diacrónico, democrático, dialógico y utópico.



Si la apuesta utópica además es cívica debe ser «con..., los demás», con compasión, con razón compasiva (*cum-padecere*), perdiendo el pánico frente a los demás (ataraxia mestiza); llamándoles compañeros (*cum-panis*) de lo contrario rememoramos *Le malentendu* camusiano. Existen ideologías estancas, fósiles y mineralizadoras del historia, las distopías, que tienen miedo al otro, ese «hueso duro de roer», lo miran hoscamente, sin confianza, aún peor, lo niegan, aunque a veces les dan el pan que les sobra, el más amargo.

Finalmente el mayor intento utópico es aquél que cubra el mayor espectro universal, el que logre «una macroética» de toda la sociedad en el marco finito del planeta tierra. Esta aparente imposibilidad, sin embargo, es una necesidad. Es la paradoja trágica utópica de la humanidad. Una ilusión utópica que arranca en la Ilustración. Gran número de teóricos actuales plantean este proceso a través de la ética comunicativa como utopía. No obstante, desde los años setenta, un cierto pesimismo planea sobre la constelación utópica. La pérdida de fe en el permanente progreso, la crítica a la revolución como panacea salvadora o al humanismo ateo, el desmoramiento de viejos ideales o del «muro berlinés», las guerras salvajes o las catástrofes ecológicas, la alarma de los científicos a cerca de ciertos agotamientos, incluso el del Sol, son elementos suficientes para afirmar que no estamos bajo el signo más propicio para las utopías.

Posiblemente nos hallamos inmersos en una larga noche liberal cuyas tinieblas todo lo envuelven, en este espacio el pensamiento, debe recuperar su carácter herético, heterodoxo y utópico si quiere iluminar y no quedarse atrapada en los hilos de «los señores de la Red o del aire». Ante el ídolo falso sólo cabe recordar al sacerdote troyano: *Timeo danaos et dona ferentes*. Pues estos ídolos siempre intentaron arrojar a los poetas de la ciudad.

Para terminar, ¿qué más puedo decir? La utopía es la vida en la que se cruzan «los sueños soñados despiertos» (Bloch). Pero como dijo Nietzsche: «ya que somos profundos, empecemos a ser claros». O por el contrario quedemos en el lugar que señalaba un profesor sevillano: «ya que no podemos ser profundos seamos oscuros». En la obscuridad al menos se puede preguntar y «preguntar es poner en tela de juicio todo lo que se sabe» (M. Zambrano).

Al menos, espero que estaremos de acuerdo al afirmar que vivimos en un Occidente próspero y narcisista donde abunda el pensamiento único y salutarífico pero también el lugar adonde ha surgido una filosofía de esperanza y mestiza, una filoantropología ajena al extrañamiento del hombre, una filosofía frente a la zozobra y a la angustia, inquietante, asistemática, ¿acaso 2+2 siempre suman 4? Como hispanos no debemos olvidar ni renunciar al carácter asistemático de nuestro pensamiento. I. Berlin decía que el sistema estorba en el primer tiempo y caduca en el segundo,

Debemos pues apostar por un pensamiento que no se deje cazar entre los «lodazales de la hermenéutica y de la lingüística», un pensamiento crítico y utópico. Pues la filosofía o es compasiva y crítica, expansiva de lo histórico, mestiza de la cultura y utópica o no es nada; o corre el riesgo de convertirse, como así ha sido frecuente, en un modelo plutocrático de anestesia ideológica para convencer y dominar. Otra cacotopía. El griego Odiseo Elytis, escribía que: mal para un poeta sin pueblo, peor para un pueblo sin poetas, y extrapolo: mal para los utópicos sin pueblo, pero peor para el hombre sin utopía.

Y dentro de las personales perspectivas y creencias de cada uno, compartí con Juan Manuel Cobo la necesidad de sembrar ideas proféticas y utópicas. Él realizó su tarea a través de su docencia y de sus libros (no siempre de ensayo, pues como buen utópico necesitó de otros géneros para dar cauce a tanta reflexión o fuerza creadora; por ejemplo: la poesía). Compartí la esperanza en el hombre como ser capaz de superar obstáculos; en ellos, la necesidad de superar el dictum perverso: «pocos hacemos la historia, muchos la padecen». Compartí la esencia de la esperanza y de la utopía como yedra (planta vivaz que con un poco de tierra y escasa agua trepa y pervive). La filantropía defiende la necesidad de que los hombres sean co-protagonistas durante su paso por la Tierra y que una vez abismados al final de su estancia en ella que cada uno entregue al barquero Caronte el óbolo que desee para cruzar la laguna Estigia. Si el óbolo es utópico brilla y sirve de faro-guía. Juan Manuel pervivirá, como un faro. (Quienes le conocimos sabemos como le agradaban estas señales luminosas). Y con frecuencia, no sabemos donde está el puerto de llegada pero sí somos capaces de reconocer a faros-guía, a Juan Manuel.

## 9. BIBLIOGRAFÍA

- BERLIN, I.(1995): «El fuste torcido de la humanidad», Península, Barcelona, 2.<sup>a</sup> Edición.
- BERNIERI, M.<sup>a</sup> L. (1984): «El futuro viaje a través de la utopía», *Hacer*, Barcelona.
- BLANCO MARTÍNEZ, R.(2000): «La ciudad ausente», Akal, Madrid.
- BLOCH, E. (1977): «El principio esperanza», Vols. 2, Aguilar, Madrid.
- BUBER, M. (1978): «Caminos de utopía», Fondo de Cultura Económica, México.
- COBO SUERO, J. M. (2005): «Otro mundo es posible. Propuesta de una utopía para el siglo XXI», Biblioteca Nueva. Madrid.
- (1997): «Desde los mares del Sur. Una alternativa política a la sinrazón neoliberal», Endymiión. Madrid.
- CIORAN, E. (1988): «Historia y utopía», Tusquets, Barcelona.
- COTARELO, R. (comp.)(1981): «Las utopías en el mundo occidental», Universidad Menéndez y Pelayo, Guadalajara.
- DIOXADIS, C. (1969): «Entre dystopía y utopía», Moneda y Crédito, Madrid.

- DUBOS, R. (1976): «Los sueños de la razón», Fondo de Cultura Económica, México.
- ENGELS, F. (1977): «Del socialismo utópico al socialismo científico», Aguilera, Madrid.
- FERNÁNDEZ SANZ, A. (1998): «Utopía, progreso y revolución como categorías explicativas en la historia del pensamiento», en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, Servicio de Publicaciones de la Universidades Complutense, Madrid, n.º 12.
- FORTUNATI, V.; STEIMBERG, O., y VOLTA, L. (1994): «Utopías», Corregidor, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ MATAS, E. (1994): Utopías sociales contemporáneas, Algazara, Málaga.
- MANNHEIM, K. (1973): «Ideología y utopía. Una introducción a la sociología del conocimiento», 3.ª edición. Aguilar, Madrid.
- MANUEL, F. E. (comp) (1982): «Utopías y pensamiento utópico», Espasa Calpe, Madrid.
- MANUEL, F. E., y MANUEL, F. P. (1984): «El pensamiento utópico en el mundo occidental», Vol. 3, Taurus, Madrid.
- MARCUSE, H. (1986): «El final de la utopía», Ariel, Barcelona.
- MOLNAR, T. (1970): «El utopismo, la herejía perenne», Eudeba, Buenos Aires.
- MUCCHIELLI, R. (1961): «Le Mythe de la cité idéale», Press Universitaires de France, París.
- MUMFORD, L. (1923): «The history of utopias», George G. Harrap & Co. Ltd., London.
- NEÜSSUS, A. (1986): «El pensamiento utópico de Marx a Bloch», en *Utopía hoy*, Vv.AA., Instituto de Fe y Secularidad, Madrid.
- SERVIER, J. (1982): «La utopía», Fondo de Cultura Económica, México.
- SIERRA, Á. (1987): «Las utopías, del estado real a los estados soñados», Lerna, Barcelona.
- USCATESCU, G. (1963): «Utopía y plenitud histórica», Guadarrama, Madrid.
- VV.AA. (1984): «Lo utópico y la utopía», Integral, Barcelona.
- (1986): «Utopía hoy», Instituto Fe y Secularidad, Madrid.
- (1976): «La utopía y las utopías», Asociación Cultural Hispano-Norteamericana, El Escorial.
- ZAMBRANO, M. (1994): «Persona y democracia», Siruela. Madrid.

[Aprobado para su publicación en abril de 2007]